



Un moderno héroe del fracaso

JOSÉ LUIS DE JUAN

MEMORIAS Con justicia Italo Calvino escribió que *El cuaderno rojo* era una de las autobiografías más divertidas que había leído. Pero no es divertida por humorística sino por interesante, porque nos fascina mientras nos restituye con frescura y autenticidad la juventud de un hombre educado en los tiempos anteriores a la Revolución. Narración fluida y breve, estas páginas asombran por su ausencia de afectación. En un lenguaje directo que no remite a su época, Benjamin Constant (1767-1830) cuenta sus años de formación, de vagabundeo y de presunción hasta convertirse en un escritor y un hombre de mundo en el sentido más amplio.

Suizo de Lausana, Constant escribía en francés pero su verdadera patria literaria fue Alemania, o quizá debemos decir la literatura europea. Le vemos pasar por Oxford y por Edimburgo. De preceptor en preceptor, el joven acumula experiencias y se desmarca del camino trazado por su padre, un oficial suizo. Describe tanto lo ridículo como lo sublime de su vida, dando igual importancia a la cobardía y al heroísmo. Y juzga a los personajes con los que se fue encontrando con la simple altanería y la piedad ecuaníme de un adolescente con los pantalones caídos.

Ma vie, como así tituló su cuaderno de tapas rojas, fue escrito cuando su autor contaba 44 años, en plena relación turbulenta con Madame de Staël. Uno de sus amigos dijo de Constant que era un espíritu libre encadenado a las mujeres. Tuvo muchas, esposas y amantes, como tuvo muchos duelos, ambas cosas a cuenta tal vez de su tímido desprecio del péñigo. Harto de la Staël (con quien compartió casi todo, excepto el matrimonio), anotó en su *Diario íntimo*: "Las mujeres, por más que digan lo contrario, cuando ha habido amor ya no aceptan otra cosa". Igual que los lectores, que después de haber gozado de la altura de muchas páginas brillantes, nos



FOTO: CORBIS CORPORATION

decepciona un poco que *El cuaderno rojo* termine con idas y venidas sin demasiada sustancia y un duelo fallido. Pero en el fondo, así deja constancia el autor de esos años inconstantes, de esa imposibilidad de

pararse y descansar, que son propios de la juventud y muchas veces, como en el caso que nos ocupa, de toda la vida.

Diario íntimo contiene sus años de madurez y es fiel reflejo de la modélica

contradicción que aquejaba a Constant. Le gustaba la quietud, pero no se daba respiro, ni en lo íntimo ni en lo social ni en lo literario; no era religioso y sin embargo dedicó gran parte de su vida a escribir sobre religión, tres apretados tomos de reflexiones y perplejidades; tenía una profesión sólida, la escritura, y aún así le quitó muchas veces el sueño la política, sin ganancia alguna, más bien con pérdidas, financieras y de amistad. Recluido en Weimar en 1804, conoció a Goethe, Schiller y Schlegel, haciendo un memorable retrato de todos ellos. Dice cosas muy interesantes, como que en Alemania, debido al legado de las tribus germánicas y su concepto de lo familiar, las mujeres son tenidas como superiores a los hombres en casi todo, algo que choca al misógino y no obstante mujeriego Constant. Como no se consideraba francés, podía criticar el gusto y los prejuicios galos. Y apreciar y denotar con imparcialidad lo germánico y lo anglosajón. Sabe comprender las diferencias, una rara habilidad. Y así, anota: "La gente habituada a buscar en la poesía algo distinto a la poesía no encuentra en la poesía alemana lo que busca".

No sabemos lo que él buscaba en su vida, sólo que encontró el amor de mujeres singulares como Madame de Staël, Anna Lindsay, Julie Talma y Charlotte de Hardenberg. Que mantuvo conversaciones amigables con Napoleón, a quien había combatido durante años, fue diputado y redactó panfletos constitucionales. Que se convirtió en héroe nacional del fracaso, sin ocultar nada, sin temer nada.

Benjamin Constant: *El cuaderno rojo*
Traducción de Manuel Arranz
Periférica, 136 páginas, 13'5 €

Diario íntimo
Traducción de Jorge Salvetti
Alfama, 208 páginas, 16 €

SUIZO DE LAUSANA, CONSTANT ESCRIBÍA EN FRANCÉS PERO SU VERDADERA PATRIA LITERARIA FUE ALEMANIA, O QUIZÁ DEBEMOS DECIR LA LITERATURA EUROPEA